

## Siete textos olvidados de Emilia Pardo Bazán

CRISTINA PATIÑO EIRÍN  
Universidade de Santiago de Compostela  
Campus de Lugo

Todavía hoy no disponemos de un repertorio bibliográfico exhaustivo de la obra completa de Pardo Bazán. Muchos de sus artículos siguen dispersos en publicaciones sepultadas en los anaqueles de las bibliotecas, en revistas y periódicos de corta difusión en su tiempo y difícil acceso en nuestros días. Es el caso de estos seis apuntes o crónicas breves y un cuento que, aparecidos en el anuario barcelonés *Álbum Salón* en 1899 y 1900, seguían sumidos en el silencio hasta el punto de no aparecer citados en su totalidad por los pardobazanianos más ilustres. Hoy los recuperamos de las estanterías de la biblioteca coruñesa del Círculo de Artesanos, sociedad de la que doña Emilia fue presidenta honoraria y que presta cobijo a muchos de sus textos literarios y críticos. Agradecemos a la encargada de la biblioteca, Gloria Guillán, la atención que nos dispensó y la eficacia de su labor. Se trata de escritos de circunstancias surgidos con motivo de explicaciones de índole filológica (véase la aberrante etimología que da título al primero, “Crisantemos”), de actualidad literaria (sobre el estreno de *Cyrano de Bergerac* o las interesantes implicaciones que despierta en nuestra autora la “Literatura popular”, el rechazo del decadentismo y la afición a lo japonés), científica (“El telégrafo soñado”, la desidia de nuestros museos en “Hermosura secular”) o nacidos al calor de un viaje mediterráneo (“Vértigo”). Su interés documental, así como el rescate que supone su publicación, justifican estas páginas.

*Álbum Salón*, Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte, Barcelona, Miguel Seguí Editor, 1º de Enero de 1899, nº 33.

### “Crisantemos”

Por Dios y los santos de la corte celestial, no vayan los cajistas a dejarse llevar de la manía imperante y poner *crisantemos* o *crisantemas*, que es peor todavía... No comprendo, por más vueltas que le doy, de dónde ha salido tan desfigurado un nombre de flor que vi desde mi niñez como en el encabezado lo escribo, —y cuenta que en mi casa se ha profesado siempre el culto y ejercitado el cultivo de las flores.

Al parecer, bastará abrir el Diccionario para salir de dudas; sólo que el Diccionario (de la Academia española, última edición publicada), es un indigente y un inútil; y si en el Rastro de Madrid es fama que se encuentra todo, excepto lo que se busca, en el Diccionario de la Academia no se encuentra nada, y lo que se busca mucho menos. Así ocurre que los escritores nos bandeamos como Dios nos da a entender, desechando o admitiendo palabras, según nos viene en talante, y ateniéndonos, como los ayunadores, a lo que se usa entre gente de buena conciencia.

Los *crisantemos* pues, y nunca *crisantemos*, son la tardía flor de Noviembre y Diciembre; la flor de la helada rigurosa. Antes que la camelia abra sus cálices de cera blanca, roja o rosada, que tienen la tersura y la rigidez del mármol, ya los crisantemos han soltado, sin temor a la escarcha, su cabellera de pétalos flexibles, finos, que huelen a manzanilla silvestre y almendra amarga. Los primeros crisantemos, los vulgares, tenían muy marcado su carácter de flor mortuoria: eran uniformemente amarillos: casaban bien con las siemprevivas y los pensamientos. Pasó tiempo, y la cultura hizo su milagroso oficio, transformando la flor sencilla y diminuta, en doble y magnífica. Pero no era esto lo único por que atraían mi atención la historia y vicisitudes del crisantemo, sino porque su aparición triunfante, la moda que lo aclimatava en adornos y en sombreros de señora, que lo agrupaba en los centros de mesa de los fastuosos banquetes, que lo sacaba del cementerio para entronizarlo en el foco mismo de la vida mundana, señalaba una fecha en la evolución de las ideas estéticas. El crisantemo representaba el advenimiento del arte japonés.

Japonés por excelencia es el crisantemo. Le veréis flotar lánguidamente sobre el paisaje de papel de arroz de los abanicos; resaltar, bordado con delicadeza, sobre las fajas y las túnicas de crespón y sobre la tirante seda de los *kakemonos*; brillar, esmaltado en oro, en las tazas, platillos y floreros de Satsuma; decorar, esculpido, los puños de sable, de marfil, y las cajas y pebeteros de bronce. Le veréis, si os tomaseis el trabajo de ir al Japón, —pueblo que merece el viaje, de seguro—, prendido en lo alto del moño de las *musmés* o señoras niponas, y adornándolo con la afectada y amanerada elegancia que caracteriza al tocado japonés. El crisantemo es al Japón lo que el tulipán a Holanda. Los que suelen llamarse floripones, en los pañuelos de Manila, no son sino crisantemos, mejor o peor representados. El ideal desflecado de las hojas del crisantemo doble, la irregularidad gentilísima de su silueta, es difícil de copiar con arte, y se necesita la suma habilidad y maestría de los dibujantes japoneses para reproducirla en la porcelana y en el metal.

Posee el crisantemo doble, una escala de matices para seducir a un acuarelista. No son tonos francos, frescos y vivos, como los de la rosa y el clavel; al contrario, diríase que el crisantemo, antes de marchitarse, ha sufrido ya esa degradación suavísima de color, que es el mejor encanto de los tapices antiguos y de los brocados históricos. Amarillos de topacio, rojos apagados, como de damasco de cortina de iglesia; violetas amortiguados, con ráfagas de rubí; blancuras de mejilla embadurnada de albayalde y vivamente sonrosada en los pómulos por un toque carminoso; ahí tenéis lo que ofrece a la vista un haz de crisantemos dobles. Y la caída de la flor es desmayada y artificiosa a la vez, ostentando la gracia frágil y pueril de las figuritas de biombo y de las estatuillas de barro policromado, que duermen en los estantes de las vitrinas...

Para decirlo de una vez: el crisantemo tiene el aire peculiar de los objetos de arte japoneses, que han hecho una revolución en el gusto europeo. La influencia del país del crisantemo se conoce ahora, en todo: en el mobiliario, en los trajes, en las construcciones, en el papel de cartas, finalmente en la moda —esa ley sin sanción, promulgada a la sordina, acatada y cumplida con entusiasmo. Los dibujantes más delicados de Europa estudian despacio a sus colegas japoneses, para tomarles los moldes; y a veces lo que se llama *modernismo* no es sino reflejo de lo que crearon hace dos siglos los artistas del Nipón.

Este movimiento, en el crisantemo está simbolizado. No en balde Pedro Loti, el narrador cosmopolita, que ha discurrido, para conocer e interpretar el alma y el lenguaje de los pueblos, el sistema relativamente agradable, ya preconizado por Heine, de que le sirvan de gramática los ojos de una mujer; no en balde Loti, repito, al aplicar al Japón su método especial, dio a la elegida de su corazón en Nagasaki el nombre de *doña Crisantemo*. Porque en aquel país, según parece, las mujeres usan nombres de flor o de fruta, y hay, doña Ciruela, doña Jazmín, doña Níspero y doña Amaranto. Para representar debidamente al Japón, doña Crisantemo era insustituible. Está personificado en aquella criatura enigmática, pulcra, aseñoritada, menudita, de colas lustrosas, complicado moño, altos patines, con esguinces de gata y monerías de chiquilla, con brazos de ámbar y oblicuos ojos, que fuma en pipa y toca el guitarra, y que, en resumen, no es una mujer, sino una muñeca articulada, vista a la luz de un farolillo rizado, de iluminación.

Con todas las victorias de los japoneses; con su ejército a la prusiana, su marina a la inglesa, sus cocineros a la francesa y sus profesores de Universidad a la sueca, —el modelo más científico—, no me es posible ver en esa nación más que la tierra del crisantemo doble; —un país que no debe de ser real y efectivo; que sólo existirá, probablemente, en las regiones de la fantasía, y que, vestido a la europea, parecerá un jimio... ¡Pensar que este país de laca y porcelana es hoy más fuerte que nosotros! (p. 6).

#### “Español y parisiense”

Ciertamente fue un hombre extraordinario Cyrano de Bergerac, pero maldito si, a pesar de los panegíricos de Nodier, se acordaba nadie del santo de su nombre, hasta que Rostand escribió el drama o tragicomedia que pronto se estrenará en el Español. No lo he leído, por no destruir el interés anticipando el conocimiento; me da el corazón, sin embargo, que habrán echado a perder la figura de Cyrano, haciéndole sentimental o decadente a la moderna. Ojalá me equivoque.

Cyrano, —el Cyrano verdadero, el de la historia literaria,— es un tipo que recuerda en ciertos rasgos a una creación encantadora de Víctor Hugo, *don César de Bazán*. Hidalgo, perdido, fanfarrón, caballero a ratos, a ratos salteador, —infinitamente más verdadero que *Hernani*, el cual no pasa de fantasmón romántico,— don César de Bazán pertenece al corto número de figuras francamente humanas que en la obra de Víctor Hugo se cuentan, y es además español neto, castizo, sellado con la marca de nuestro antiguo carácter. Y Cyrano, que tiene con el

imaginario don César mucho aire de familia, también parece, más que francés, español del siglo XVII.

Hasta tal punto se acerca a nosotros, que es un Góngora perfecto. Lo que de Góngora se puede decir en son de alabanza o de censura, se aplica a Cyrano de Bergerac, el parisiense. La hipérbole, el conceptismo, el alambicamiento, el giro enfático, la frase crespada, rizada y escarolada como una gorguera, el retruécano, el oropel, son las galas del estilo de Cyrano de Bergerac, que sostenía —como él acostumbraba sostener, como la pluma a la espada, a voluntad, el principio siguiente: “Lo que está bien dicho, está bien hecho. El que bien dice, bien hace”. Y bien decir, en opinión de Cyrano, era pulir, dorar y atersar la frase, acicalarla como una daga, darle el realce y el colorido de un bello guadamecí. “Con tal que el estilo reluzca, lo demás no importa”.

La infusión era tanta, que *reblandece los corazones*, según el dicho de un decadentista célebre; no los reblandecía en el siglo XVII, al contrario, Cyrano de Bergerac, entre agudeza y agudeza, era un desaforado matasiete. El *demonio valentón*, llegaron a ponerle de apodo. Como nuestro Quevedo, el cual también espadanicheaba de lo lindo, Cyrano no perdía ocasión de arremeter a cintarazos. Soldado en sus mocedades, herido y casi inválido después, no por eso alteró su costumbre de andar a cuchilladas cada día. Refieren las crónicas que se las ingeniaba para que no le faltase pretexto: al que le miraba, le apodaba de insolente; al que pasaba volviendo la vista, de ofensivo desdeñoso. Combates de uno a uno eran poco para Cyrano: gustábase más coger a ocho, o diez, o quince por su cuenta, emprenderla a tajos y mandobles, y a este quiero, a este no quiero, al uno le santiguo, al otro le ensarto, a aquellos les despacho corriendo como alma que lleva Satanás, —y dejar el campo libre, cruzarse de brazos y echarse a reír. La jeta de Cyrano era un jeroglífico: no había en ella pulgada sin costurón. Cruzábanle las mejillas innumerables cicatrices, y su nariz presentaba el aspecto del lecho de un torrente en verano. Fanfarrón valiente —y entonces los había; hoy en cambio la fanfarronada y el miedo hacen buen matrimonio— Cyrano, seguramente, diría de sus bigotes lo que cuenta Brantôme que decía un joven soldado español: “Estos bigotes fueron hechos al humo del cañón, que por eso crecen tan grandes y tan pronto”. Ya se deja entender que no sería un lindo don Diego, Cyrano; y lo único que podría alegar en su abono, para que le mirasen complacidas las bellas, sería el glorioso origen de su viril fealdad.

No abundan en la biografía de Cyrano amoríos ni ternezas. La pasión dominante del autor de *Agripina*, parece que fue lo que hoy se llama la combatividad: esgrimir la tizona, esgrimir la péñola, batallar con una y con otra. Siempre se le encuentra lidiando, ya con los jaques y rufianes que, apostados a la puerta de Nesle, aguardan a un poeta epigramático para zurrarle la badana, ya con los mismos poetas, si cometen un plagio, o con los escritores, si pedantean o yerran. ¿Quién al enterarse de las proezas y género de vida de Cyrano, no creerá que sería el tal un descalabrado bohemio, que se acostaba chispo y se levantaba para empalmar? Pues aquí está otro rasgo singularísimo de la original figura del Góngora francés. Cyrano apenas cataba el vino, y era en su comida muy parco y moderado, hasta frugal: aborrecía los guisos y las especias porque dañan al estómago e impurifican la sangre, y prefería vivir al estilo de

anacoreta, para que los vapores gástricos no llegasen a enturbiar el espejo de su clara razón, de la cual decía: "No tengo otra reina".

Carácter independiente, espíritu altivo y franco, aquíjotado en su empeño de cantar verdades y de defender al débil contra el fuerte, Cyrano, que tuvo muy ilustres amigos, se concilió enemigos terribles y poderosos. Estos esperaban que el día menos pensado, en alguna riña, en algún duelo, o al tomar parte en las primeras tentativas de aerostación, muy anteriores a la célebre de Montgolfier, el calvatrueno sucumbiese. Empezaron a cansarse, notando que Cyrano parecía tener siete vidas, como los gatos, y salía con bien de los más apurados lances. Vieron que era preciso enmendar al destino la plana, y determinarse, sino había de morir de viejo Cyrano, y una noche, como volviese a su alojamiento, mano desconocida le dejó caer sobre la cabeza un madero grueso y pesadísimo. Pasó el golpe por casual, y el poeta no murió al pronto, pero sí al cabo de algún tiempo, de las consecuencias del porrazo, y entre los crueles sufrimientos que ocasionan las inflamaciones cerebrales. Aprovecharon su larga enfermedad para sustraer los manuscritos de sus obras no publicadas aún, y a los treinta y cinco años bajó al sepulcro el incansable pendenciero, y el desenfadado rimador, y el culterano ingenioso, el grande amigo de la ciencia y enemigo de farsantes e hipócritas. Pocos hombres habrán vivido tanto en plazo tan corto como Cyrano de Bergerac.

Si a este tipo representativo del siglo XVII, rico de sangre, exuberante de energía y voluntad, regocijado y fiero, me lo convierten en un delincuente de ahora, lánguido y afeminado, no le conoceré. No sé cómo habrá interpretado Rostand la figura. Quiera Dios no haya imitado al autor del libreto de una ópera titulada *El Cid*, a cuyo estreno asistí en París, y que me divertí por cierto. El cuerpo de baile salía a hacer piruetas en una plaza de Burgos, en el siglo X, con sombreros calañeses y figuras bordadas de lentejuela; el Cid suspiraba y arrullaba lo mismo que un tórtolo, y Jimena sufría saponcios y desmayitos, como una petimetresa almizclada... Estas caras españolas, selladas con el sello castellano de otros siglos más venturosos que el presente, quieren ser pintadas a lo Velázquez o modeladas a lo Salzillo: con realismo y vigor, con plástica fuerza, con verdad, —que se les conozca la musculatura, que tengan hueso y fibra, sangre y nervios, pero no nervios encalabrinados por el uso de la morfina y por el cultivo de la sensación antinatural y viciosa. Y Cyrano de Bergerac, lo repito, es un español... nacido en París (p. 47).

#### "Hermosura secular"

El Museo del Louvre no se parece al del Prado: no puede formarse idea del uno viendo el otro. Es el Museo del Prado, como esas casas solariegas antiguas, en las cuales, miradas con indiferencia por sus poseedores, a quienes ha embotado el sentido la costumbre, se hacían obras maestras. Es el del Louvre, como esas casas modernas donde la inteligencia y el dinero del dueño, y su constancia y revolver y escudriñar por todas partes, van reuniendo poco a poco preciosidades en cada género y estilo, hasta formar selecta colección. En su afán de atesorar, cabe que a veces los coleccionistas se equivoquen, tomando gato por liebre; por eso los grandes museos de las naciones más adelantadas y cultas, registran en su historia lamentables equivo-

caciones, que demuestran cómo sólo es infalible Dios, y el Papa (en cuestiones de dogma y doctrina).

Nuestro Museo no puede equivocarse, en esto de adquisiciones, porque nada yerra quien nada intenta; se conserva mejor o peor lo que ya existe, se colocan de otro modo los cuadros, zarandeándolos y transfiriéndolos de sala en sala, se admiten legados (no todos admisibles), y se da cabida, al lado de tablas reconocidamente hermosas y auténticas, a otras muy mediocres; pero no se envían comisionados a recorrer los confines del planeta, y desenterrar maravillas, con propósito de agregarlas a las que ya forman nuestro tesoro. Los Museos de Londres, París, el Haya, Amberes, están siempre a la husma de lo que puede aparecer. Sus doctores conocen los nidos, y están familiarizados con los rincones y recovecos, en que se esperan hallazgos. No hay excavación que no visiten, a ver qué sale de las negras entrañas de la tierra, qué suelta Cibeles, cuando la martirizan y despedazan. Versados en geografía arqueológica, tienen en la cabeza el mapa del mundo histórico, ya desvanecido y disuelto; los lugares en que se desarrolló la vida antigua, con su decoración fastuosa y bárbara, o su elegante clasicismo. Así, ha sucedido que, apenas la azada recorrió el terruño de Elche y sacó a luz el famoso "Busto de mujer", allí estuvo el encargado del Museo del Louvre, para adquirirlo y llevárselo a toda prisa; no fuera que nos arrepintiésemos y nos retractásemos, queriendo conservar para España tal joya que, probablemente, a vivir don Antonio Cánovas del Castillo, no traspasara la frontera. Recuérdese el empeño que puso aquel hombre ilustre, en retener los notables bronceos de Osuna.

El busto, he tenido ocasión de verlo ahora, en el Museo de la capital francesa, donde ocupa puesto de honor. Poco faltó para que me viniese sin saludar a la exhumada beldad ibero-fenicia (una beldad en toda regla), porque no tuve horas disponibles, en ninguno de los días que está el Louvre abierto al público, y sólo me quedó un rato el lunes, día en que el Museo se cierra, para proceder al aseo y arreglo de las salas. La amabilidad de los franceses, en general, y en particular de Mr. André Michel, conservador del Museo y persona doctísima, me abrió las puertas en ese día vedado; y el propio Mr. Michel se complació en acompañarme por los salones donde se guardan los tesoros del arte oriental, persa, egipcio, asirio, arte no prehistórico, pero de los tiempos heroicos y críticos; y allí, descollando en primera línea, aparte como cosa preciosa, dividiendo el trono con una encantadora reina de Egipto, Kalamait, guardada cuidadosamente en una urna de cristal, honor no concedido a la hija de los Faraones, vi el renombrado Busto.

El busto de mujer de Elche, produce una impresión singular; parece, salvo el tocado y el adorno, una cabeza de ahora, un semblante contemporáneo. Alma moderna, vive cautiva en aquella escultura de ignota fecha, de ignorado autor. La materia del busto es una piedra caliza, más bien blanda, grano poco compacto: piedra así se encuentra muy a menudo en España. El tono menos amarillento de esta piedra contribuye a prestar a la figura apariencias de vida, y acrecen la ilusión los labios, pintados de rojo. Las facciones son correctas y tersas: la nariz, delicadamente modelada; la boca, severa y de intachable diseño. Una seriedad, una tristeza religiosa y romántica domina en el rostro, que parece el de una mujer como de veinticinco años, de tipo marcadamente español. Quitadle el extraño tocado al busto, envolvedle en la mantilla del

siglo XVIII o el negro rebecillo del siglo XVII y difícilmente encontraréis cara que mejor exprese ciertos ideales de nuestro espíritu peninsular. Como que el rostro más semejante al tipo fisiognómico del renombrado busto de Elche es la sentimental y graciosa figura de la Virgen de los Dolores, que se venera en La Coruña. Al través de los siglos, reproduce la raza un rostro, como expresión de lo divino en la belleza.

Y del mismo tocado, en rigor, podrían encontrarse vestigios y huellas en el día, en la Península española. El manto del busto, con su puntiagudo plegado, recuerda que las españolas, desde antes que el espíritu del Cristianismo infiltrase en las costumbres esta regla, debían ya, en un país de sol ardiente, estar habituadas a cubrirse la cabeza con telas y paños, que tapaban los hombros. Las dos grandes ruedas o discos que aparecen a uno y otro lado de las mejillas, y prestan tan singular aspecto al busto, se asemejan muchísimo a los rodeles claveteados de agujones de las huertanas de Valencia. Es realmente un peinado oriental, de sabor bizantino: Sara Bernhardt, al encarnar el personaje de la duquesa de Atenas, se arregló la cabeza así.

Lo curioso es que el tocado del busto ha trascendido a la moda, y las anchísimas cabezas actuales, adornadas simétricamente, a uno y otro lado, con flores y joyas, proceden acaso de las coqueterías de una dama ibero-fenicia, que vivía algunos miles de años antes de Jesucristo. Sobre este punto —quién fue y cuándo vivió la dama— nadie tiene opinión formada y apoyada en pruebas. Mr. André Michel, por lo menos, así lo cree. Se ignora a qué civilización misteriosa y perdida, a qué tiempos imposibles de estudiar pertenece el busto de Elche, probable compañero de las discutidas antigüedades del “Cerro de los Santos”. Ibero-fenicia... son dos palabras que reúnen los arqueólogos para expresar algo hipotético, enigma antes y enigma después. Mirando el busto de Elche, sólo sentimos de un modo confuso, pero íntimo, que la mujer que el busto representa, —fuese reina o sacerdotisa, esclava o pastora—, era española hasta la médula; y esta comunidad de patria es lo único que dice claro el misterioso busto.

Sobre todo lo demás, Mr. Michel, cauto y receloso, —quizás por la memoria de algún chasco reciente—, no se atreve a emitir ideas, ni a calcular probabilidades. El busto es pieza única, enriquece el Museo, y con esto basta. En materia de antigüedades tan antiguas, el acaso, el quién sabe, el quizás y el tal vez, son los recursos a que se agarra el sabio. Y más cuanto más sabio sea; que será aumento de prudencia el de sabiduría. Y la hermosa faz de la Dolorosa de Elche, grave, pálida, romántica en grado sumo, allí está, como desafiándonos a que adivinemos quién fue (p. 156).

#### “El telégrafo soñado”

¡Tiempo era ya, oh ciencia de rugosa frente, de pergaminoso pellejo, de ojos deslustrados y marchitos por la vigilia; tiempo era ya, severa institutriz de los hombres, enemiga del ensueño, de que pensaras en satisfacer una necesidad de orden puramente ideal; razón sería que al lado de las exigencias apremiantes y continuas del comercio, de la industria, del bienestar material, de la rapidez en los transportes —y de la destrucción y anquilosamiento en forma de gue-

rras—, atendieses también al hondo impulso, a la magnética fuerza en virtud de la cual vive y se conserva, no sólo la raza humana, sino el universo, por la ley de atracción regido!

Y como no quiero hablar en enigma, apresúrome a declarar que esta jaculatoria a la ciencia se funda en las ideas que al punto suscitó el descubrimiento de Marconi —hoy perfeccionado por Nicolás Tesla, a saber: el telégrafo sin hilos.

Aunque ya va gestándose nuestra facultad de admirar las maravillas de la susodicha ciencia, que nos brinda una sorpresa diaria, cuando se difundió la nueva del telégrafo sin hilos, tributamos al inventor el homenaje involuntario más cumplido y reverente: el de la *incredulidad*. No sólo no lo creíamos, sino que la mayoría, —y no eran profanos, sino entendidos en la materia, ingenieros, electricistas—, lo negaron a machamartillo. Era esto de comunicarse a través del espacio, sin conductor, cosa que tenía algo de brujería, y a más, de brujería romántica y poética; género de cuento bonito para divertir a la infancia de la humanidad. Por otra parte, causaba una especie de inquietud vaga e indefinible, eso de suponernos en relación y comunicación, sin saberlo ni quererlo, con todos nuestros prójimos y semejantes; por decirlo de una vez, con el *alma general*, que sutil y difusa en el ambiente, a manera de luz que nos envolviese e iluminase sin que lo percibiéramos, pudiese a cada momento llamarnos, cuchichearnos revelaciones inesperadas, y nos sintiésemos rodeados de espíritus, cuyas pupilas invisibles nos estuviesen mirando fijamente, cuyas voces sin cesar nos susurrasen al oído.

Ello parecía magia, resurrección de los asombros medioevales de Alberto Magno; algo análogo a los jardines floridos que brotan sobre la nieve, a las selvas que en una noche visten el erial.

Hubo, sin embargo, quien dio crédito al anuncio de la telegrafía sin hilos, y forjó en su imaginación el descubrimiento, de manera graciosa y peregrina. Supusieron estos tales, —los enamorados— que hallándose muy descuidados y tranquilos en casa, en el paseo, en el teatro, de pronto, extraña sacudida nerviosa, repentino golpeteo del corazón, os advertía que *alguien* quería deciros *algo*: que una corriente eléctrica se establecía inmediatamente, y un mensaje dulce, afanoso, vehemente, se escuchaba, o más bien se *sentía*: no era necesario que la voz formulase las frases que, en derecho y sin obstáculos, se transmitían de espíritu a espíritu; y así, por medio de este telégrafo pasional, se realizaba el dicho del poeta; repercutía en Cádiz un beso dado en Cantón. El telegrama iba al corazón, porque del corazón venía; Psiquis se dirigía a Psiquis, dialogando. Preguntaba el amor; el deseo respondía; la voluntad se expresaba elocuentemente; y al diablo alambres, timbres, telegrafistas, sellos, —al diablo todo lo que no fuese el tierno latidito, el sabroso estremecimiento, la llamada que se recibe allá muy hondo...

Así, ¿no es cierto? así comprendíais el telégrafo sin hilos, vosotras, las madres que teníais el hijo en la guerra; vosotras, las esposas de esposo ausente, anhelosas de saber si os recordaba y os añoraba, como le añorabais y recordabais a él; vosotras, las prometidas, siempre en espera del correo; y también, y acaso más aún, las culpables, las que ocultáis el sentimiento, como se oculta el crimen, porque a crimen os lo imputaría el mundo, y que en la comunicación ideal cifrabais esa dicha breve e intensa, ese aliento que necesita la esperanza, para sostener la existencia torturada por la pasión...

No de otra suerte se figuraban *ellas* el invento de Marconi, pues no está la mujer obligada ni casi autorizada para entender la ciencia, y su derecho a soñar lo sanciona su misma inferioridad científica.

Y es el caso que la realidad, la escueta realidad, no admira menos que el sueño... pero se diferencia mucho de él. La realidad la explicaré en breves palabras, sin tecnicismo. Si fue Marconi quien primero enunció este descubrimiento, Nicolás Tesla, el que lo perfeccionó y va a ponerlo en planta, merece el nombre del nuevo brujo, eclipsando a Edison con los prodigios que empieza a realizar. No bastaban los trabajos de Marconi para establecer la telegrafía sin hilos, más que en forma difícil y cara; con los de Tesla, las ondas eléctricas que llevan en sus vibraciones las palabras no reconocen límite ni obstáculo; pasan a través del aire, atraviesan el metal, cruzan de parte a parte la tierra, —a la misma velocidad vertiginosa con que camina la luz; sólo que la luz común y corriente, no se abre camino por los cuerpos opacos, y las ondas eléctricas, base de la telegrafía sin hilos, tienen, repito, la propiedad de los rayos X: no les detiene nada ni nadie. Así, se transmite una comunicación, calando una montaña o el Océano, cual si volase por el éter.

La idea se la han sugerido a Tesla esas torres ópticas o sistemas de señales, rudimento de la telegrafía, que aquí, en España, instalábamos a gran coste, cuando ya el telégrafo eléctrico funciona en el resto de Europa. Tesla, por medio de un instrumento muy poderoso, llamado *oscilador* eléctrico, proyecta signos como despediría relámpagos, y los círculos u ondulaciones de esa extraña luz que no se ve, no reconocen límite de distancia, —lo mismo van a California, que al planeta Júpiter. Los aparatos pueden enviar por minuto de dos mil a tres mil palabras. La transmisión costará poquísimo, una futesa.

Pero, ¡ay, de los soñadores! Esto, con ser tan asombroso, no es lo que habían fantaseado. Se necesitan aparatos, se necesitan avisos y formulismos, el intermediario existe, aunque sea menos molesto que en el teléfono, verbigracia... No es el divino lenguaje del amor, esencialmente secreto.

El comercio y los periódicos noticieros son los que sacarán partido de la despampanante invención. Se acabaron los telegramas y cablegramas costosísimos, que han arruinado a más de una empresa, —y los grandes cables transatlánticos pasarán a adornar, a título de curiosidad, las salas de algún Museo de Artes y Oficios. Por el precio del franqueo de una carta, nos comunicaremos directa y personalmente con Méjico... Y esto va a ser pronto, porque Tesla, el austriaco, es vivo de genio, y anuncia la primer aplicación en grande de su sistema, la primer estación *terminus*, para antes de fines de este año, entre Londres y Nueva York. Y mientras no cuaje y no se facilite, y no entre en las costumbres la telegrafía sin hilos, los enamorados seguirán esperando al cartero, y viéndole en figura de blanca paloma mensajera, el correo natural del amor, aunque la guerra se haya incautado de él... (p. 186).

“Bañistas smart”

No sé si en otras costas que en estas del Cantábrico —donde el mar ruga más fiero y reconcentra mayor cantidad de yodo y de salitre, pueden verse espectáculos como el que acabo de presenciar en el camino de Pontevedra a Marín, y presencio todos los veranos en la Mariña, en el pintoresco pueblecillo de Sada, cuyo largo playazo aventaja en extensión y seguridad a casi todos los de la ría de Puentedeume.

Divídese la población de Galicia en ribereña y montañesa; y la división se caracteriza por marcadas diferencias étnicas y psicológicas. Cuanto el ribereño tiene de alegre, animado, despejado, activo, tiene el montañés de callado, tético, avariento y supersticioso. A la gente de la *beiramar* la incita a cierta largueza la fácil ganancia de los lances de pesca de sardina, calamar, merluza y cangrejo. Al montañés, confinado en tierras áridas, lejos de las ciudades, se le impone una sórdida economía; además, el clima es duro en la sierra, y el cuerpo se acostumbra a las privaciones y al mal trato. Y si la vida del montañés en invierno, “en tiempo de lobos” como ellos dicen, es asaz adusta, la de verano, con los baños de mar, tiene dejos de sainete.

No sé si por prescripción facultativa o porque es tradicional, en la montaña, la reputación de los efectos y virtudes salutíferos del mar, del mar que acaricia las Mariñas, alegres y hermosas, —el caso es que no hay gente tan amiga, como la montañesa, de remojarse en agua salada. Eso sí: no falta quien asegura que es la única época del año en que se remoja. Y parece dar verosimilitud a este aserto la traza de los montañeses, sus carnes y pellejos color de humo, curados y amojamados cual la cecina que cuelgan en los garfios de la chimenea.

Dada su afición a la playa y su afán de conciliarla con la estricta economía a que los obligan de consuno necesidad y costumbre, los montañeses han discurrido, hasta reducir el gasto a la mínima expresión. Primer problema resuelto: el transporte. La jornada empieza en el coche de los Kurabao, o sea a pata galana, desde las respectivas madrigueras hasta el punto de donde arranca el coche o carromato que han de utilizar. La idea de servirse del ferrocarril ni les cruza por las mientes; pues tendría que salirles caro, aun viniendo en la perrera, como los de “Calatorao”, de una zarzuelita popular. Razón sencilla: en el tren paga cada quisque su billete, sitio entero, mientras en el coche precede un ajuste, y según se estrechan y encogen los viajeros, para caber gran número en breve espacio, desciende la cuota, hasta llegar a lo inverosímil. No es cuenta del mayoral o del carretero *cómo* se arreglan los que van dentro: allá ellos, así se pongan patas arriba y boca abajo.

A no haberlo visto, no se creería el prodigio de acomodarse veinte o treinta personas donde sólo cogerían [sic], bien apretadas, cuatro o seis. Aquello no es ya masa, sino cemento, gelatina de gente. Hay quién entra en el amasijo de chapacuña, y quién atravesado como las sardinas en el tonel. Sobre las rodillas de los hombres se colocan, enroscadas, las hembras, y en el regazo o el hombro de estas, los chicos menores de quince años. El tufo, se adivina; el calor, asfixia sólo pensado; los incidentes son de un cómico violento y burdo. Felices los que van de pic en el estribo o agazapados en la imperial, entre sacos, sillas y mantas, —al menos gozan del aire libre.

Así, prensados, van los montañeses locos de contento, divirtiéndose interiormente, sin estrépito, con risotadas opacas y observaciones de sagacidad candorosa.

Al *botijo* de los trenes baratos reemplazan potes y trébedes; llevan además consigo provisiones: el enorme mollete de pan de maíz o centeno, mohoso, que se come añejo adrede, para no comer tanto; las patatas, las berzas para el *caldiño*; la harina para espesarlo; el unto rancio para darle *gracia*; hasta la sal... El ideal del montañés consiste en no comprar fuera de casa, a ser posible, cosa alguna, y vivir los ocho o diez días que tarda en tomar sus treinta baños (a razón de tres cada veinticuatro horas) con lo que trajo en el zurrón. Bastante desembolso representa el real o real y medio diario que ha de aflojar por el rincón del cobertizo o del rancho fétido donde le extienden unos brazados de paja, para dormir, y por la piedra y el haz de leña que le suministran, para cocer junto... el caldo de doce o quince montañeses.

Y empieza la faena: jala con un baño glacial, al amanecer, cuando apenas dora el sol naciente la cresta de las aguas, jala con otro a mediodía, y en el último, delicioso, al anochecer, a la hora en que el mar conserva el calor del día entero. Entre baño y baño, el montañés, persuadido de que conviene un régimen riguroso, se abriga como en diciembre y desde las cuatro de la tarde enarbola colosal paraguas azul o rojo, para preservarse del “relente” o de “la luna”, terrible enemiga de los beneficios que el baño reporta.

Y transcurrida semana y media, habiendo gastado diez y nueve reales en coche, quince o diez y seis en posada, y hasta setenta y cinco céntimos en extraordinarios e imprevistos de sardina fresca, el bañista montañés otra vez se embute en el carromato, llevando para todo el invierno mucho que contar al amor de la lumbre, y en la cabeza ese rumor de oleaje que se oye resonar en las grandes conchas venidas de América (p. 243).

*Album Salón*, Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte, Barcelona, Miguel Seguí, Editor, Año 1900.

#### “Literatura popular”

Los periódicos extranjeros están consagrando preferente atención al problema de lo que lee el pueblo, formas artísticas que prefiere y en las cuales apacienta su inteligencia; y de la indagatoria relativa a punto tan interesante, resulta que el pueblo, lo mismo aquí que en Francia, Inglaterra, Alemania y el Japón, no lee, cuando lee, más que barbaridades y desatinos.

Existen fábricas y talleres de novelones absurdos, en que el folletín, (algo literario durante el apogeo del romanticismo), ha descendido ya a la sima de la última bajeza. Parece que ni una sola de esas narraciones miríapodas —de innumerables episodios, de intriga embrollada y delirante—, es obra de tal autor que la firma. Tienen estos escritores, escogidos entre los que gozan de cierta fama, sustitutos asalariados, como aquí suelen tenerlos en las cátedras las emi-nencias políticas; y el sustituto es quien se encarga de robar el niño a su madre, dar narcótico, administrar la dosis de veneno, procurar la evasión del preso que bonitamente se fuga de la cárcel de Newgate o del *baño* de Tolón, dejando atónitos a los que piensan enchiquerarle allí hasta

la consumación de los siglos... Por tanta labor, le dan al sustituto una miseria, lo preciso para engañar el hambre, y sucede que a veces el sustituto, agotado, no sabiendo qué inventar, ni qué plagiar, ni qué mirar, busca otro sustituto inédito, se asocia con él, y le pasa la madeja a fin de que la enrede más todavía, que ni zarandeada por uñas de gato casero. Entre los dos famélicos escritores, y a fuerza de pensar el magín, encuentran desusadas combinaciones, filones ignorados, vetas prolíficas: y el folletín sigue y prosigue, enriquecido con incidentes que no ideara el mismo demonio.

De esta tarea literaria (?) se habla en general con menosprecio; pero yo declaro que no la desdeño a cierraojos, y hasta llego a confesar que la admiro, como admiramos lo que no nos sentimos capaces de realizar, así nos fuese en ello la vida. Una vez me propuse ¡qué diantre! leer las *Hazañas de Rocambole*. ¡Pecho al agua! Tenía de sobra cuatro o seis tardes muy largas del verano... y al colete el párrafo enterito, las metamorfosis y avatares del presidiario sublime, con aquello de Turquesa, Bacará, los millones de la gitana, las tramas de los fenianos, y tantísima patochada como allí sale a relucir, que me puso la cabeza lo mismo que una olla de grillos. Reflexionando acerca del estado intelectual de quienes tengan a Rocambole por héroe y por texto, no pude menos de reconocer que armar el catafalco de los veinte o treinta tomos de Rocambole, pide una habilidad *sui generis* y que no sale cualquiera de semejante laberinto.

Nosotros tuvimos nuestra época rocambolesca, en que la novela por entregas florecía, y Fernández y González, y sus mejores discípulos, —entre ellos mi paisano Antonio de San Martín—, hacían las delicias de costureras, cocineras y patronas. El género, que por lo visto sigue triunfando en la Europa civilizada y reportando millones, por acá se encuentra decadente y casi difunto. Parece a primera vista que de este dato se deduce algo muy halagüeño para nuestra cultura; sin embargo, no es así. Es precisamente lo contrario.

Cuando en España reinaba la literatura por entregas, no se leía eso sólo: existía público para lo demás, lo sazónadamente literario; el romanticismo infiltraba su noble fiebre en las venas de una generación. Hoy es verdad que cayeron al foso Pérez Escrich y Ortega y Frias; sólo que la gente no hace mucho mayor caso de otras lecturas, —y otras formas literarias. El desvío con que se miran las letras propiamente dichas es mayor ahora que entonces.

En España, la corriente popular ha encontrado otro cauce distinto del del folletín, y toma el rumbo del teatro por horas y de las piecicillas ligeras en más o menos actos. Rocambole sobre la escena española se presenta transformado en rata; Turquesa es una chulapa sensible. El ideal de esa literatura novelesca contra la cual en el extranjero levantan cruzada, es no obstante poco más alto que el ideal del teatro popular español. Este tiene gracia, colorido, un realismo jugoso a veces y bonita música; pero el nivel del pueblo que con él se recrea parece inferior; la imaginación de ese pueblo, menos exigente, más *prosaica*. Los equívocos soeces, el eterno quidproquo, la caza del chiste, la carencia de acción y de *drama*, acusan esta inferioridad que observo.

Los pueblos donde el novelón prospera ahora, son pueblos sedientos de lectura. Hay allí gente que bebe el Falerno en copas de oro; que saborea la literatura clásica y la moderna, la mejor, flor selecta de las literaturas; pero las muchedumbres no alcanzan a tanto, no está en sus

medios intelectuales; y sin embargo, necesitan saciarse, y aplican la boca al charco del novelón. Calman el ansia como pueden; pastan donde la cuerda permite; y revelan, en ese mismo afán de emoción, siquiera sea emoción de octava clase, bastarda y vulgar, necesidades que en España no siente ni el vulgo.

Consultados los principales literatos franceses, acerca de la posibilidad de regenerar la literatura popular, haciéndola moral y sensata, se han mostrado optimistas: su opinión es que puede acometerse la empresa con probable feliz resultado. Mauricio Bouchor llega a profetizar que las letras se sanearán y remozarán el día en que los escritores no trabajen para la burguesía, ni para los psicólogos, ni para la intelectualidad, en resumen, sino para el pueblo, para la masa, —para todos. A mí no me han consultado el caso, si me lo consultan, voto en contra de Bouchor. No diré que el literato deba escribir para determinada clase social; lo que aseguro es que siempre habrá *clases* en esto de la literatura. La clase no la hace el hábito; sobrada gente de levita nace parroquiano de las cien representaciones de un sainete chulesco, o para lectora asidua de los folletines policiaco-penales. Y jamás, en nación alguna, se logrará que la inmensa mayoría saboree con placer los delicados manjares, el arte grande y puro, el *Quijote*, Shakespeare, Tolstoi... Mucha parte de la humanidad es bestia, es niña, es desabrida, es sorda. O no leerán o leerán folletines del género consabido.

Unicamente se abre mi corazón a la esperanza, si pienso en los griegos. Cuanto de ellos sabemos, revela en aquel pueblo asombroso un nivel uniforme de cultura estética. Allí no existía el arte inferior. Todos los ciudadanos de Atenas se bañaban en la misma ambrosía. ¿Tendremos que retroceder hasta ellos, para prosperar? (p. 1)

### “Vértigo”

Es dogma de los fuertes que la voluntad lo puede todo, y a no mediar imposibilidades materiales físicas, —las únicas que representan en el mundo moderno la antigua fatalidad—, lo que se quiere hacer se hace, empleando ese resorte de acero, que la inmensa mayoría de los mortales deja oxidarse perezosamente.

Me sugiere estas reflexiones trilladas el fenómeno conocido por *vértigo*, deirvado, según unos, de los nervios, de la circulación según otros. Se ha escrito bastante del vértigo y sus peculiares síntomas. El que sube a desmedida altura y ve debajo de sí el vacío, sufre el vértigo, primero como inquietud y desazón indefinible, luego como hormigueo en la planta de los pies, inmediatamente como impulso suicida de precipitarse. Cuando visité la Catedral de Milán, acababa de ocurrir que un inglés, habiendo ascendido al *campanile* por escaleras al aire, —cuyos peldaños dejan entreparecerse los terrazos y el bosque de estatuas del techo del famoso *Duomo*, clavó la mirada ansiosa en el pavimento de la plaza, a terrible distancia en sentido vertical, y después de un minuto de fascinada contemplación, abrió los brazos, se lanzó, cayó a plomo, de cabeza... Bien pudiera ser que al inglés le hubiese traicionado la mujer querida, o que debiese a otros más ingleses fuertes sumas, o que padeciese un infarto de hígado; sin embargo, nada se averiguó que explicase acción tan desesperada, ni por datos anteriores cabía tenerla. Atribu-

yóse, pues, al vértigo de la altura, al imán con que nos atrae la masa del planeta; misterioso fenómeno, abolición de la voluntad, pasajera insania.

Recuerdo que al ascender al Campanile, frescos aún en la plaza los sesos del inglés, mirábamos *allá*, al fondo, y nos atraía también, no en grado sumo, si lo bastante para causar desasosiego. Desde entonces, procuré no desperdiciar ocasión de acostumbrarme al vértigo y domarlo. Gradualmente el esfuerzo fue menor, y por último, casi insensible. Hay en resistir al vértigo una especie de goce, —algo como un ejercicio sano, una gimnasia moral, fortificadora.

Pocos días hace, se me ofreció coyuntura de practicar esta gimnasia. Fue durante el viaje por España que acabo de realizar, y fue en la ciudad que todavía hoy parece más romana que moderna; la amiga algo tornadiza e infiel de Pompeyo, —Tarragona.

Arrancándome no sin esfuerzo a la contemplación del Mediterráneo, que en aquel momento era de un azul de zafiro intenso y puro, donde el sol derramaba transparencias cristalinas, salí a ver el acueducto. La mañana estaba tibia, el aire embalsamado por las hierbas aromáticas, húmedas aún de lluvia; a la izquierda, se veía la feraz huerta tarraconense; a la derecha escuetos montes, y allá lejos, como bando de pasadas palomas, la blanca y linda Reus. No tardé en avistar el monumento romano, rojizo y caliente de tono, preciso de líneas, imponente de firmezas de *lógica*, si cabe expresarse así. La *lógica* es, en mi opinión, el signo característico de la romana arquitectura. Me bajé del coche, y hollando palmitos énanos y motas de tomillar oloroso, llegué al mismo acueducto, al punto en que su estribo se hunde en el seno de la montaña. A la pregunta del guía, contesté sin titubear:

— No tengo vértigo, quiero pasar la canal, todo a lo largo.

Y subí. El guía delante, a regular distancia; yo andando sin prisa, reprimiendo el impulso de correr para acabar más pronto. Al principio, la senda aérea que había que recorrer, no distaba mucho del suelo, diez o doce metros apenas. Pero rápidamente iba ganando elevación según nos acercábamos al centro, a los ciento veinticinco metros que en el vértice del ángulo de la hondonada mide la fábrica, el pretil desaparecía, y sin nada que nos defendiese íbamos entre dos abismos, azotándonos el fuerte viento que zumbaba con estridores de huracán. Yo no quería acelerar el paso, y menos entregarme a la sugestión alucinadora del vértigo, que sentía nacer lenta, vaga y sorda. A despecho de mi resolución, notaba algo extraño: el acueducto, —el sólido acueducto que veinte siglos no han conmovido, pasando sobre las pisadas que no liga ningún cemento, y que sostiene por la *lógica* de su corte—, el acueducto, digo, *se movía*; navegaba como una góndola veneciana que surcase a remo las inmensas olas del aire. ¡Sí; yo lo sentía, bajo mis pies, oscilar con vaivén suave, imperceptible, pavoroso! Era el vértigo que, más allá de la conciencia, donde la razón pierde su derecho, se insinuaba, apoderándose de mi ser. Y, para salvarme, —antes que la sensación de mareo se precisase enteramente—, me detuve, afiancé los pies, miré hacia abajo por ambos lados, me incliné, respiré con todo el pulmón— y la góndola aquietó su pérfido cabeceo, y ya serena, continué hasta donde vuelve a descender el acueducto, para morir hincándose en el seno de la montaña...

Cuando salí a tierra firme, algo ufana de mi excursión, de pronto, me acudió a la memoria un suceso que se refiere del acueducto, cuyo relato estremece. Quizás era la idea borrosa de aquel drama la que, en mitad del acueducto, me hizo percibir que oscilaba y me produjo el característico hormigueo. Porque las impresiones, una vez recibidas, duermen en la conciencia como los rollos fotográficos impresionados, esperando su hora...

Dicen que hace años, cuando el monumento empezaba a degradarse, reuniéronse al pie de él algunos viajeros, y deliberaron si podrían recorrerlo por el angosto filo que acababa de atravesar yo. Mientras discutían, uno de ellos, —loco o héroe—, apostó que no sólo lo pasaría, sino que lo pasaría... a caballo. Y fustigando al suyo sin más dilación, le obligó a entrar en la senda aérea. Los de abajo, mudos de horror, se miraban, y él seguía, hasta que, en mitad de la estrechísima canal, le detuvo honda grieta, abierta por el paso del tiempo. En vano metió espuelas a su montura; el caballo, trémulo, empinando las orejas, permanecía clavado, fascinado, —con vértigo también. Entonces el apostador, sacando tranquilamente del bolsillo un pañuelo, vendó los ojos del jaco, y ayudándole y picándole, le hizo saltar... allí donde la más leve desviación del salto era la caída, y donde la caída era muerte espantosa! Recto saltó el caballo, y a la carrera llevó a su jinete al otro extremo de la canal, sano, salvo, vencedor... (p. 122).

El cuento titulado "Boda" se recoge en p. 180. En este caso, sin embargo, no se trata de un texto olvidado puesto que lo transcribe Juan Paredes en su edición de los Cuentos Completos de Pardo Bazán (Vid. "La boda", en PAREDES, La Coruña, Fundación "Pedro Barrié de la Maza", 1990, III, pp. 109-111). Nótese, no obstante, que el editor no lo toma de la revista Álbum Salón, que no cita, sino de la recopilación posterior que, bajo el título de Sud-Exprés, publicaría doña Emilia en 1909. Podemos presumir, pues, que "La boda" se publicó por vez primera en el número correspondiente al año 1900, en Álbum Salón.